



CARTA ESCRITA EN LA
Ciudad de Mexico por el Padre Joseph
Vidal, de la Compañia de Iesvs, Procū
rador de las Islas Marianas, a D. Geroni
mo Sanvitores de la Portilla, Cauallero
del Orden de Santiago, del Consejo de
su Magestad en el Real de Hazienda,

NO doy, ni puedo dar a V. S. pesame, porque no lo permi
te la razon, y piedad Christiana, antes si repetidos place
res, por la singular dicha que el Señor comunicò a V. S. conce
diendole por suerto vn hijo tan escogido de su diuina providen
cia para el Cielo, que lo destinò a la dichosa vitoria del martir
io, tanto antes pronosticados y anunciados para còsuelo de sus
padres de nuestro glorioso Patriarca, y Padre San Ignacio, cuyo
pronostico se cumplió a dos de Abril del año de setenta y dos,
Sabado de la Dominica in Passione; en mi Barba, y mas que her
mano, como a V. S. consta, el Venerable dicho Apostolico Ma
rtyr y Marir de Christo Señor nuestro, mi Padre Diego Luis de
Sanvitores, meritisimo hijo, y heredero de las virtudes de tal
padre (y no es lisonja, antes me veo obligado a reprimir lo q̄ el
afecto me dicta.) No doy el pesame, porque el caso no lo permi
te, y si lo permitiera, dando yo a V. S. el pesame, pidiera me lo
diera a mi, pues si V. S. perdió (en lo humano no mas) vn hijo tá
digno de ser amado, por lo que todo el mundo pregona, y se ha
ze lenguas, yo en lo humano he tenido tal perdida, que no pue
de ser mayor, pues me ha faltado en él Padre Diego, hermano
may de mi coraçon, por la singular llaneza, y amor con que me
trataua, me ha faltado amoroso Padre, a quien estimaua como
a tal, veneraua, y amaua cò ternura de hijo reconocido a las sin
gulares finezas que le deuí. y si en V. S. el titulo de padre aun no
dà licencia, para que la muerte dichosissima del Apostolico Mar
tir pade a pena, y sentimiento verdadero, sino que se quede en
amago de dolor, y se còfirme en regocijados afectos de ternura;

en mi los motiuos propuestos, no dan lugar al sentimiento que en lo humano pedia mi afecto, antes si doy repetidas gracias al Señor de la suerte que tuve en conocer, tratar, y comunicar íntima, y cordialmente a vn varon tan de Dios, que no sabia reñir de carne, y sangre, y fuera házerle manifiesto agrauio a su vida Apostolica, y a su muerte feliz, dar lugar a la carne, y sangre para q̄ hiziesen su oficio; y así, señor, en vez de pesames nos podemos dar muchos, y recíprocos parabienes, por los motiuos ya referidos; y todas las noticias que vinieren a mis manos de los Apostolicos empleos de nuestro Venerable Martir, las remitiré a V.S. no para templat pena, ò sentimiento, pues como he dicho, no cabe en el Christiano pecho de V.S. sino para auuētár el gozo, y jubilo interior del alma, con q̄ Dios aun en esta vida ha de premiar la generosidad con que V.S. quiso pasar se de la comunicacion, y asistencia de tal hijo, por dedicarlo a Dios, a quien buscava su zelo en aquellos Barbaros.

Ea, señor, buen animo; que si el Padre ha sido Martir en el cuerpo, V.S. (yo no me quiero tomar tanta licencia para contar me, y entrar a la parte en lo que ya digo) ha sido martir en el afecto; y si V.S. lo dedicò a Dios, para q̄ entre los dos se còparatiese el zelo de aquella Mision, y conuersion de auenas gentes; Dios que escogió a V.S. para que entrasse a la parte, le quiere ya para que sea el todo de aquella Mision, y del aumento de nuestra Santa Fe Catolica, que con el fecundo riego de tan illustre sangre, confiamos en la misericordia diuina se han de coger a manos llenas sazonados frutos para el Cielo. Y para remitir al presente a V.S. el regalo de mas de mi estimacion, y su afecto, le embio essa relacion del martirio del Venerable mi Padre Diego Luis Sanvitores. Guarde Dios a V. S. muchos años. Mexico, 10. de Febrero de 1674.

B. L. M. de V.S. su Capellan, y siervo Mariano,

Joseph Vidal

RE



RELACION DE LA DICHOSA muerte del Venerable Padre Diego Luis de Sanvitores de la Compañia de Iesvs, en las Islas Marianas, hijo del Señor D. Geronimo de Sanvitores, Cauallero del Orden de Santiago, del Consejo de su Magestad en el Real de Hazienda.

Obras grandes del seruicio de nuestro Señor, que se dirigē
à la saluacion, y bien de muchas almas, siempre tuvieron
grandes dificultades que vencer, y el demonio por si, ò por sus
ministros hizo todos sus esfuerzos para impedir las. Esta de la
nueva conuertion en las Islas Marianas ha sido de tanta gloria
de Dios nuestro Señor, como la experiencia en successos raros, y
extraordinarios que ha auido, nos lo ha enseñado. Muchas difi-
cultades tuvo que vencer el seruo de Dios Padre Diego Luis de
Sanvitores, para entrar en estas Islas, pero como sobre Santo, le
dotò Dios de singulares, y releuantes prendas naturales en la
prudencia, y escogida eleccion de medios para direccion de los
negocios que el Señor fiaua de su vigilancia, y cuidado, las veni-
cio con facilidad. No se refieren aora casos particulares de su
Apostolicay vida, porque fuera hazerle conocido agrauio, que ser-
los reducir a relacion tan sucinta, quando sus feruorosos em-
pleos piden muy dilatados escritos.

Llegò el Padre Diego Luis a estas Islas, y luego que saltò en
tierra, llamò a los naturales de la Isla de Guan, poniendo à la ma-
no derecha a los que dellos se precian de nobles, y à la izquier-
da los plebeyos. Hizoles en su lengua vna platica con tanto espi-
ritu, significádoles el fin que le lleuaua, que el demonio no tuvo
lugar de oponerse a su Apostolico aliento, ni de embarazarle el
feruoroso zelo que allà le auia encaminado, y redidos todos a su
espíritu, le retornaron en agradecimiento de su fineza algunos
donecillos de pescado, y fruta que lleuà la tierra; pero el presente
mejor que le hizieron, fue el regalo de sus almas, para ofrecérlas
a su Criador, purificadas con las cristalinas aguas del Bautismo.
Fueron mas de treze mil los bautizados en aquel primer año, y
en los dos siguientes passaron de treinta mil los conuertidos a
nuestra Santa Fè Catolica por el seruo de Dios, y sus feruorosos

compañeros, y de todas partes venian los naturales, assi principales, como plebeyos, en sus embarcaciõcillas, a solicitar el Bautismo, pidiendo cada vno dellos con instancia, que fuèssè algun Padre a su Isla, para instruirlos en la Fè, y bautizarlos. Cierro es, que el demonio auia de conuocar los espiritus infernales, viendose desposeido de repente de todas aquellas almas q̄ tenia tiranizadas por tantos siglos, y se las lleuaua al infierno, como si fuera dueño absoluto dellas, sin q̄ sintiesse contradicion, ò resistencia alguna. Advertia, que no solo el valeroso espiritu del Venerable Padre Diego Luis de Sanvitores, y de sus feruorosos compañeros, le hazian cruda guerra; mas aun los soldados, q̄ por su exercicio militar no suelè ser tan deuotos, le dauan fuerte bateria con el exemplo de su vida en todo religiosa, imitadores, en quant o podian, del zelo de la salvacion de las almas, que norauan en los Padres; estilo que seguian tambien los Indios, q̄ desde Manila fueron en seguimièto del Padre. Vno, pues, de los Españoles, Criollo; de la Puebla de los Angeles en este Reyno, q̄ passò à las Islas, lleuado de su deuocion, estaua entretenièdose en formar Cruces de madera, para distribuir por las casas de los Christianos. No pudo sufrir el infierno esta guerra viuua, que se le preuenia en las Cruces, en que fue vencida su malicia, y lleuado de furia infernal vno de los Indios, q̄ quizà no estaua bautizado, ni de los yà bautizados, però insistido, y possedido del demonio, lo diò diez y ocho puñaladas, sin tener noticia los nuestros del agressor, y matador inhumano.

Esta oculta centella infernal leuantò el demonio vn incendio en mas de dos mil Indios, que se amotinarò, por sacudir de si el pesado yugo (como dezia el demonio por sus sacrilègas bocas) de la Ley de Dios, y documètos de la Doctrina Christiana. Pusieronse en arma, y todo el infierno junto contra los diez Padres, doze Españoles, y diez y siete Indios Filipinos, que con Christiano valor, y fortalecidos de los locorros del Cielo, hizieron rostro al campo enemigo de los dos mil Indios yà referidos, y resistieron sus assaltos, reconocièdo por instàtes el fauor, y asistècia de la mano poderosa del Señor, comunicado por las oraciones del Venerable Padre Diego Luis de Sàvitores, a quiè se atribuyò la repentina salud de dos de los nuestros, que heridos de muerte, recobraron perfecta repentina sanidad de las heridas, con la asistècia del siervo de Dios, que como amoroso Padre les solicitaua el remedio.

Conociòse especialmente el fauor del Cielo en vn caso que se cierra muchos, bien singular, y extraordinario. El Padre Die-

3

go Luis, con el conocimiento, y experiencias que tenia del natural boltario de aquellos Isleños, se recelò (y con bastante fundamento) de alguna mudáça, que le pusiera en cuidado à si, y à sus compañeros Religiosos, y seculares, y con su linda capacidad, asistida de vna prudencia del Cielo, preuino para qualquier contingencia, se pusiese cerco competente à la Iglesia, y Casa de la Compañia en la Isla de San Iuan, y se leuantassen en proporcionados sitios tres fortines, de donde pudiesen resguardados los que nos asistien, vsar algunas armas de fuego, para atemorizar por lo menos a los Indios. Llegò ya en esta ocasion el caso preuenido del prudente Padre, y acogida nuestra gente en la Iglesia, ò cerco, se vieron a euidente riesgo de la vida; porque además del peligro que por instantes les amenazaua con las brasas encêdidas que arrojauan los enemigos en las puntas de las lanças, para quemar el techo de la Iglesia (aunque por la gracia del Señor sin efecto alguno, por caer las brasas en tierra, sin detenerse en el techo) intentaron pegar fuego, como lo hizieron, a vn jacal, ò camarín inmediato à la Iglesia, para que prendiendo la llama en el te, quemasse sin remedio la Iglesia, y casa donde estaua recogida nuestra gente, y que assi, ò muriesse allí à violencia del incêdio y si quiesse librarle de aqueste, no pudierá escapar de sus manos. Pero aunque destituidos del todo de algun humano remedio, en tan apretado lance no les faltò el diuino, y el influxo favorable del Capitan General de los Exercitos del Cielo el Arcangel San Miguel, debaxo de cuyo patrocinio auia rêdido los nuestrs. las armas con sus afectos. En tan extremado aprieto acudieron al Santo Arcangel, que jamás sabe negar a sus deuotos, y clamaron todos a vna voz, en idioma que debian percibir los enemigos, por ser suyo: San Miguel bellí Ang, que corresponde en el nuestro a esta clausula: San Miguel, socorrenos cò agua. Cato bien singular, y admirado, aun de los mismos Barbaros enemigos! Al punto cesò el viento, y apareciendò vna nube de repente, descargò el agua que fue bastante para apagar el fuego que prendia en la Iglesia, y casa, dexando al mismo tiempo consumido con la llama el jacal, ò camarín cercano, y burlados, y aun corridos a los agressores de su traza, y mañoso ardid, que se les auia frustrado. Pero estaua tan poseidos de la infernal furia contra los Ministros Euangelicos, y Christianos que les asistian, que no fueron bastantes estos prodigios para apartarlos de sus deprábados intentos. Conuocaron mas crecido numero de Isleños, que por mar concurian con notable algazara, pròrumpiendo en sacrilegas blasfemias; y detestables desprecios de nuestrs.

tro Dios , y Señor. Traían consigo por diuisa de sus embarcaciones diſerentes calaucras , que llaman ellos Anitis. Tan leuox estuuieron los nueſtros de atemorizarle cõ el numero ſin numero de Barbaros enemigos, que inſpirados de Dios interiormente, abrieron las puertas de la Iglesia , y ſolos treinta y vno de los nueſtros ſalieron con las armas de fuego en las manos a encontrarle con ellos: y fue el ſuceſſo tan feliz, que luego echaron por tierra muertos ſeis de los enemigos , hirieron a otros muchos, deſtrozando todo el campo, y le puſieron en huida: que vn Eſpañol ſolo de generoſa reſolucion, y dictámenes prudẽtes en la Milicia, baſta para deſbaratar vn campo entero deſtos enemigos Iſleños, y atemoriza los a todos, como lo quedarõ en eſta ocaſiõ, pues no pudiendo aſſegurar ninguno dellos ſu vida , embiaron luego ſin detencion embaxadores a pedir pazes, y que los nueſtros les admitieſſen en ſu amittad, como ſe hizo. Y paſſado algũ tiempo, continuaron los Miñiſtros Euangelicos las correrias de ſus Miſſiones, haſta que deſpues de cinco meſes , por la noticia que tuvo vno de los nueſtros, que aſiſten a los Padres, de algun motin que intentauã algunos de los Iſleños , auisõlos ſe recogieſſen ſegunda vez en la Iglesia, y caſa pertrechada.

Hallauaſe a eſta ſaçon el Venerable Padre Diego Luis de Sanvitorẽs algo diſtante de la Reſidencia, aſiſtiendo a vna Iglesia, que ſe leuantara de nueuo; diõle auiso, y viniendo a la caſa cõ ſolo vn compañero llamado Pedro Calañor, natural de Biſayas, al paſſar por el Pueblo de Funſon ençõtrõ cõ vn Indio llamado Matapan, que ſobre deberle al Padre la vida del alma, que le auia comunicado por el Bautiſmo , le debia tambien la del cuerpo, por auerle libradõ Dios con ſu aſiſtẽcia, y oraciones de la muerte que le amenazaua ſin duda en vna herida mortal q̃ le auian dado los ſuyos, por ſu natural, y reboltoſa inquietud. Llegõ el Padre para hoſpedarſe en ſu caſa, y preguntandole, ſi auia enfermos en el pueblo, que viſitar, ò algunas perſonas nueuamente catequizadas, y diſpuestas para recibir el Bautiſmo; deſcomedido le reſpondiõ: Anda embuſtero; quẽ Bautiſmo? Entra en mi caſa, y bautizame vna calauera que tengo. Advirtiõ el Padre la mudança extraordinaria en el coraçõ, y animo de aquel Iſleño, y añadiendo a ſu natural apacible nueua afabilidad, y cariõ, le dixo: Pues juntemos ſiquiera los niõs para enſeñarles la Doctrina. Dexate de eſſo, reſpondiõ el Barbaro, y bolviendo a otro Indio llamado Ilirao, que ſe auia juntado con el Venerable Padre, le dixo: Matemosle. A lo qual parece quiſo oponerſe el otro , ò diſuadirle; mas cediendo a ſu natural facil, y mudable, le añadió:

4
Si le quieres matar, sea a lo menos adelanté. Reprehēdiōle de co-
barde el Matapan, diziēdole: Dexame, q̄ yo le matarē solo. En-
tonces el Iirao, por no padecer la censura de timido, ò pusilā ni-
me, con descendió en la muerte del siervo de Dios, q̄ el Matapā
le auia propuesto; aunque en la execucion parece se retardarō,
quizā por la veneracion, y respeto que merecīa sus heroicas vir-
tudes, y Apostolicos empleos: y asī para darle la muerte empe-
garon a perder el respeto, y veneraciō que le tenian, con la que
dieron primero al compañero Bisaya, que traia consigo el Padre.
No sufrió el feruoroso zelo deste siervo de Dios ver vltimada la
Fè, que su dicho lo compañero auia professado constante hasta la
muerte, y quiso triunfasse la imagen de Christo crucificado del
demonio, y del infierno, que todo se auia conjurado para publi-
car guerra a Dios en sus Ministros, y estoruar asī la salvacion
de aquellos miserables. Cogió el feruoroso Ministro de Dios en
la mano vn Christo que traia en el pecho, pendiente del cuello, y
predicandoles Apostolicamente los Misterios de nuestra Santa
Fè Catolica, irritados de nueuo los Barbaros con esta platica de
la Doctrina, y Fè de Iesu Christo, el vno dellos le pasó el pecho
con la lança que lleuaua; y el otro le dió vna penetrante herida en
la cabeça cō vna medio catana. Cayó en tierra el siervo de Dios,
verdadero imitador de Christo nuestro Señor en vida, por el ar-
diēte zelo de la salvacion, y redēcion de las almas, y viuo retrá-
to suyo en la muerte, por las ansias con que pedia a su Magestad
el perdon de sus enemigos, q̄ le quitauan la vida, entregando su
espíritu a dos de Abril del año de 1672. Sabado vispera de la
Dominica in Passione, en manos de aquel Señor, que para tanta
gloria suya, bien de innumerables almas desamparadas, y con-
suelo de los que tuvimos suerte de conocerle, y comunicarle, le-
crió, espirado, como verdadero Padre de aquellos desconocidos
hijos, con esta clausula, cō que cerró el periodo felicissimo de su
vida: Matapan, Dios tenga misericordia de ti. El demonio, que
los irritó a perder la veneraciō a la respectosa persona del siervo
de Dios, consiguió dellos con suma facilidad, perdiessen el aca-
tamiento que debian a la sagrada imagen de Christo Señor nues-
tro crucificado, asī en las blasfemias que contra su Magestad
pronunciauan sus sacrilegas bocas, como en los descomedidos
vltages, y golpes que descargauan sobre su santissimo cuerpo
las descōpuestas, y atreuidas manos destes Barbaros. Y despues
de la crueldad con que arrastraron los dos difuntos cuerpos por
la Isla, vsaron otra mayor con nosotros, priuandonos de las bē-
didas Reliquias, que sin duda nos auian de téplar el viuo senti-
mien-
7

miento que en lo humano nos causa perdida tan considerable, martirizandonos con la pena que nos ha quedado, de que puestas vnas grandes piedras a los pies del venerable cuerpo del Padre, con el de su compañero, lo arrojaron en la mar. El Señor nos reciba este sentimiento, y el fieruo de Dios desde el Cielo (como esperamos de la misericordia diuina) nos facilite los medios para seguir sus piladas, y conseruar la Fè, que a tanta costa fuya planto en aquellas Islas; y que tenemos por cierto, que con el fecundo riego de su sangre se ha de multiplicar, ya colerando a los que han recibido el Bautismo, que a la hora desta pasan de cinquenta mil, ya alcançando de nuestro Señor lo reciban de nueuo todos aquellos Isleños. Su Magestad nos de el espíritu doblado, ya que nos lleuò a nuestro padre, para proseguir en sus heroicos empleos.

Hallandonos huérfanos con la ausencia de nuestro querido Padre, y cercados de los riesgos que por instantes nos amenazauan, fue nuestro Señor seruido embiarnos el consuelo, y aliuio muy como de su mano, porque a dos de Mayo deste presente año de setenta y dos diò fondo en Guan la Nao, que venia de Nueva España para Filipinas; cuyo Almirante el illustre Cavallero Leandro Coello, muy afecto a nuestra Compañia, y especialmente a nuestra Mission Mariana, nos dexò algun numero de gente con armas, poluora, y munición para nuestro resguardo, co que quedan los naturales destas Islas quietos, y sossegados, y nosotros con seguras esperanças, que ha de quedar de nueuo vencido el demonio, y triunfante el Estandarte de la Fè, que así llaman estos hijos a la Cruz. No conduce poco a la quietud, y pacificaciõ destes Isleños, ver muy de nuestra parte a vno de sus principales, llamado Don Antonio de Ayihy, que con su Christiano zelo los corrige, y reprehende las supersticiones, y poca lealtad que han tenido con Dios, y sus Ministros; y tan de empeño nos assiste, que aun en medio de los riesgos passados, se entraua por el campo enemigo a traernos socorro, y darnos parte de los designios, y trazas de los enenigos. Fiamos en nuestro Señor le ha de premiar estas finezas, con que ha defendido su causa, y que el premio, no solo ha de ser eterno, sino espiritual en esta vida, poniendole en nueuos empeños, para que sobrefalga su afecto, y a vista suya nos confirmemos en los nuestros.

 LAVS DEO. 